

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Organo de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.
Teléfono 72.041
Administración: Balneario, 54

DIRECTOR:
D. JUAN SUNÉ BENAGES

Suscripción trimestral:
España: 3 ptas. Extranjero: 3,75
Número suelto: 1 peseta



Nuestro grabado

SIGUIENDO el orden cronológico de las ediciones del *Quijote* que se imprimieron en vida de su autor, el grabado que va al frente del presente número, es el facsímil de la portada de la tercera edición impresa por Juan de la Cuesta, que, no pocos críticos, afirman fué corregida por el mismo Cervantes.

En el orden de impresión ocupa el noveno lugar, y forma un volumen en 4.º, de 12 hojas preliminares sin numerar, 277 folios numerados y 3 para concluir la tabla que no llevan numeración.

Hoja 1.ª—Portada.

Hoja 2.ª, ¶ 2, recto.—«Tassa» en la que además de leerse el número de pliegos que contiene y de marcar el precio que se debía vender, dice: «Vé este libro, intitulado don Quixote de la Mancha, y en el no ay cosa digna de notar que no co- // rresponda a su original. Dada en Madrid en veyn // te y cinco de junio de 1608. años. // El Licenciado Francisco Murcia de la Llana.»

Hoja 2.ª, verso.—Empieza el privilegio para Castilla, igual a las primeras ediciones del mismo Cuesta.

Hoja 3.ª, ¶ recto.—Concluye el privilegio.

Hoja 3.ª, ¶ verso.—Privilegio para Portugal, el mismo de la segunda edición de Juan de la Cuesta.

Hoja 4.ª—Dedicatoria al Duque de Béjar.

Hojas 5.ª a 8.ª, ¶¶.—Prólogo.

Hojas 9.ª a 12, ¶¶ 5.—Versos.

Después de estas hojas preliminares viene el texto, sign. A-Z-Aa-Mm, y al verso del folio 277 comienza la tabla, que ocupa 3 hojas más.

Del mérito y condiciones de la presente edición se puede juzgar por lo que dicen Rius, Pellicer y Cortejón.

Dice el primero: «Hízose esta edición copiada

de la segunda de Madrid, pero enmendáronse muchas erratas de imprenta y faltas de puntuación. Esto, el mayor esmero en la impresión y el conservarse pocas vocales con la rayita encima que sustituía a les *enes*, reforma que dió mayor belleza al texto, hace que la presente edición sea la mejor de las tres de Cuesta.»

Pellicer, en el tomo I, página 3, de la edición del *Quijote* por él enmendada, escribió: «El año de 1608 ya vivía de asiento Cervantes en Madrid, a donde se había restituido con la Corte el de 1606, como se dijo en su vida. Determinó reimprimir su *Ingenioso Hidalgo*, y en esta reimpresión, hecha a su vista, la corrigió de muchos yerros y mejoró conocidamente, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras.»

Contra tales afirmaciones escribió D. Clemente Cortejón un folleto intitulado: «¿Corrigió Cervantes alguna de las ediciones del *Don Quijote* impreso por Juan de la Cuesta?», en el cual, además de demostrar, con varios ejemplos que cita, que las correcciones de la tercera impresión del mencionado impresor no son hijas del príncipe de los Ingenios, dice: «Como el autor estaba en Valladolid al estamparse por primera vez, en 1605, el *Don Quijote*, la edición se hizo con el mayor descuido. De la negligencia en la corrección, y, por ventura, de las dificultades en la inteligencia del original, resultó una edición empedrada de erratas, deficiencias y graves errores desde la portada de la obra hasta el fin del capítulo LII; manchas que necesariamente la deslustran y hacen desmerecer a los ojos de la crítica.

«Salió a la luz la segunda, hecha por el mismo impresor, pocas semanas después. De las contadas enmiendas que en ella se hicieron, en las más faltó

el acierto, las restantes merecen la calificación de malas: con ello se aumentó la gravedad de la edición, pues quedaron subsistentes los mil defectos que tanto fatigan al lector de la *princeps*... En resolución: quien haya invertido miles de horas (nosotros juramos haberlas empleado) en el paciente cotejo de las tres ediciones madrileñas, podrá inclinarse, seguro de no andar fuera de camino, por las formas arcaicas que prevalecen en las dos primeras, y por una buena parte de las novedades, si tal nombre puede darse a las correcciones de la tercera, sea cual fuere su origen, que salvaron las deficiencias y torcida lectura del manuscrito de Cervantes.»

A lo que dice el benemérito cervantista D. Clemente Cortejón, nos permitiremos nosotros decir, por haber empleado también largas vigilijs en el cotejo de las tres ediciones del *Quijote* impresas por Juan de la Cuesta, y en otras que vieron la luz en vida de Cervantes, que la de 1608 no fué corregida por él como afirma Pellicer y sostienen Navarrete Clemencín y otros críticos, sino por manos pecadoras de algún atrevido corrector. ¿Cómo probar afirmación tan rotunda? Para hacerlo no queremos llevar a los pacientes lectores por el intrincado laberinto de las variantes que ofrece la citada edición, pero sí nos permitiremos anotar unas cuantas de sus pedantes correcciones para demostrar que no fueron hechas por su inmortal autor, porque si él escribió en 1605 «*las márgenes, un buen golpe, llevó cautivo a su alcaldía, escrutinador, me doy a entender, Sancho bueno, a veinte y dos de Agosto y gran estudiante*» ¿cómo pudo corregir en 1608 «*los márgenes, gran golpe, llevó preso a su alcaldía, escrutinador*» (vocablo que no registra nuestro léxico), *me doy a entender, Sancho el bueno, a veinte y siete de Agosto y grande estudiante*? Si en 1605 da a la imprenta *efecto, bisabuelos, secta, significativo, magnificiencia, ves, dictado, refacción, defecto e imperfecto*, ¿puede ni debe admitirse que en 1608 corrigiera, por capricho de arcaísmo, *efeto, visagüelos, seta, sinificativo, manificiencia, vees, ditado, refacion, defeto e imperfeto*? La buena lógica dirá que no, como tampoco puede admitirse que quien escribió en 1605 *mesmo, propios, continua, imitalle quistion, compatriote, esfogue, costo, qualificada, captivo y captiva, par Dios, solenizalla, dallas, meneallo, representallas, castigallos, llevalle, soltalle, lnglaterra y solicitalla*, corrigiera tres años más tarde, *mismo, propio, continua, imitarle, question, compatriota, desfogue, coste, calificada, cautivo y cautiva, por Dios, solemnizarla, darlas, menearlo, representarlas, castigarlos, llevarle, soltarle, lnglaterra y solicitarla*.

Si Pellicer, Navarrete Clemencín y cuantos han

extraviado a la opinión afirmando que Cervantes corrigió la edición de 1608, se hubiesen fijado en estas pueriles correcciones tan en pugna con el estilo que se nota en *La Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y en el *Persiles y Sigismunda*, tenemos la seguridad que se habrían convencido de que ellas no salieron de la pluma de Cervantes, como tampoco lo fueron las siguientes que ya se habían estampado en las ediciones de Valencia de 1605 y en la de Bruselas de 1607.

En el prólogo de la mencionada edición se lee, como en las de Valencia de 1605: «Que yo os voto a tal de llenaros los márgenes», en vez de *las márgenes* que leen las dos primeras de Cuesta. En el folio 2 vuelto de las mismas se puso: «Fue limpiar unas armas que avian sido de sus visabuelos», y en las ediciones valencianas «que avian sido de sus visagüelos», corrección que también figura en la edición de 1608. En el folio 34 de la misma se lee: «No habia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclandose con la verdad», cuya lectura aparece ya en las ediciones de Valencia, y en la página 77 de la de Bruselas de 1607 en lugar de *mezcladose* que se imprimió en las dos primitivas de Cuesta. En éstas se lee que el castor, cuando es «acosado de los caçadores, se taraça y harta con los dientes», y en el folio 34, línea primera, de la de 1608, «se taraça y corta», cuya variante figura ya en la página 183 de Bruselas de 1607.

En el folio 107, que corresponde al fin del capítulo XXII, se estampó en las dos ediciones impresas en Madrid en 1605: «Le quitó la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços», corrigiéndose en la pág. 206 de la impresa en Bruselas en 1607: «con que casi la hizo pedaços», corrección que sirvió para estampar en el folio 94 vuelto de la de 1608, «con que la hizo casi pedaços», enmienda que dice Clemencín, en nota al final del capítulo XXII, fué hecha por Cervantes.

En el folio 100 vuelto de la misma edición aparece: «O tu escudero mio, agradable compañero, en mis prosperos y adversos sucesos», o sea lo mismo que se lee en la pág. 241 de la mentada de Bruselas, que corrigió el «*mas prosperos y adversos sucesos*» de las dos primeras de Cuesta.

En el folio 135 de éstas, se ve estampado «el llego, y falta de sueño», y en la de 1608, «el llagado y falta de sueño», cuya enmienda se lee ya en la pág. 259 de la de Bruselas. Otra enmienda que figura en la pág. 303 de esta edición, que pasó a la que dicen fué corregida por Cervantes, es «el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que seré dellos bien recebida», y que, en las

dos primitivas de Cuesta, se estampó: «El mucho amor que mis padres me tienen, no asegura que seré dellos bien recibida.»

Tampoco debe atribuirse a la edición de 1608, la paternidad de la enmienda del siguiente pasaje: «Don Quixote diria, señora, dixo a esta sazón Sancho Pança», por cuanto figura en la pág. 411 de las valencianas, y en la 320 de la de Bruselas. En las dos de Cuesta de 1605, se puso por yerro, señor.

En el folio 175 de estas últimas ediciones, se lee: «Querian detenerse a beber en una fontezilla», y en el 154 vuelto, de la de 1608, *fuentezilla*, cambio que puede verse en las págs. 431 de las de Valencia, y en la 333 de la de Bruselas.

En el folio 177 de las dos primitivas ediciones de Cuesta se estampó: «que tambien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo», habiéndose impreso en el folio 156 de la de 1608: «que también andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo», cuya lectura aparece en la pág. 339 de la de Bruselas.

«No hay mejor *letrado* en el mundo», leen las dos primeras ediciones de Cuesta, habiéndose corregido en la tercera «no hay mejor *letura*», enmienda que se estampó ya en la pág. 341 de la de Bruselas.

«Si Camila mi esposa, *estava buena*, y tan perfeta como yo pienso», se lee en el capítulo XXXIII de las dos ediciones de Madrid de 1605, enmendando la de 1608: «*está tan buena*, y tan perfeta», enmienda casi igual a «*es tan buena*, y tan perfeta como yo pienso», que se ve estampada en la página 352 de la de Bruselas.

En las mismas ediciones, y en el mismo capítulo, se imprimió: «Persuadirles las verdades de mi sacra religión». Y en la de 1608, «persuadirles las verdades de *nuestra* sacra religion», enmienda igual a la estampada en la pág. 356 de la edición de Bruselas. También pasó a la tan decantada tercera impresión de Cuesta, esta cláusula que se lee en la pág. 394 de la citada edición belga: «Por ser la herida donde *es* se podrá encubrir», que en las dos madrileñas de 1605, reza: «Por ser la herida donde *es*, la podrá encubrir.»

«*Prosupuesto* todo temor» aparece estampado en las mismas ediciones, cuyo vocablo no contenía al corrector de la de 1608, por cuanto lo cambió por el «*pospuesto* todo temor» que se ve impreso en la pág. 413 de la de Bruselas; y en verdad que hizo mal, y más, quien en los folios 7, 162, 167, 198 y 250, leyó *prosupuesto*, palabra que escribió Cervantes varias veces en las *Novelas ejemplares*, en la segunda parte del mismo *Quijote* y en el *Persiles*.

«Aunque fuese en unas peñas, y *lexos despo-*

blado», se imprimió en el capítulo XLI de las dos primeras ediciones de Cuesta; y en la tercera, «*lexos de poblado*», o sea igual de lo que se lee en la pág. 481 de la de Bruselas de 1607.

Las cláusulas «de allí te sacarán tus riquezas, las de mi hermano y las mías». «El le puso *las anchas manos* en los pechos», que se leen en las ediciones de 1605, se corrigieron en la de 1608 de esta manera: «de allí te sacarán sus riquezas, las de mi hermano y las mías». «El le puso *las manos* en los pechos.» No seremos nosotros los críticos de tales enmiendas en el sentido de si son acertadas o no, pero sí diremos que la primera se imprimió ya en la pág. 493 de las tantas veces citada edición belga; y la segunda, puede decirse que también pertenece a la misma, puesto que en ella se lee así: «El le puso *ambas manos* en los pechos.»

En fin, son tantas y tantas las correcciones que Francisco de Robles, o bien Juan de la Cuesta, tomaron de las ediciones de Valencia y de Bruselas, para la que publicaron en 1608, que ellas darían materia para escribir varios artículos o un libro. Así que, nos parece que bastan las anotadas para demostrar que no fueron hechas por Cervantes como afirman algunos críticos, como tampoco fué él quien añadió las palabras que en la mentada edición se leen en el siguiente pasaje del capítulo L: «Yo no sé que haya que decir, sólo me guio por muchos y diversos ejemplos que podria traer a este propósito de caballeros de mi profesión, que correspondiendo a los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades y insulas; y cual hubo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero para qué gasto tiempo en esto ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado *Amadís de Gaula*, que hizo a su escudero conde de la *Insula Firme*.»

Todas estas palabras, excepto las que van subrayadas, añadió algún falso Avellaneda, y no Cervantes, en este pasaje que se ve estampado en las dos primeras ediciones de Cuesta, de la siguiente manera: «Yo no sé que haya más que decir; sólo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la *Insula Firme*.»

Repitámoslo: si el ejemplo que se acaba de citar no demostrase, sin lugar a dudas, de que Cervantes no corrigió la tan famosa edición de 1608, bastarán los que se han señalado que fueron tomados de las páginas de las ediciones valencianas y de la tantas veces citada de Bruselas de 1607.

¡Cómo se ha ido adulterando el texto del «Quijote» al través del tiempo!

EL motivo del presente artículo es debido a una carta abierta a los «Admiradores de Cervantes», publicada con la firma de Sacristán Pasillas, en el número 3 de esta revista, correspondiente al mes de Septiembre de 1930. Entre las atinadas observaciones que hace en su discreta y bien escrita epístola su autor, me permito copiar las siguientes: «Tantas son las correcciones que ha sufrido el venerado texto cervantino por los correctores, que los más versados en su lectura, hoy no saben distinguir cuáles palabras escribió Cervantes y cuáles los correctores.

Las profanaciones del mejor libro de nuestra literatura empiezan ya en las ediciones impresas en Lisboa en 1605, continúan en las publicadas en el mismo año en Valencia, por Pedro Patricio Mey, en la que vió la luz en Bruselas en 1607, en la de Madrid de 1608, en la de Londres de 1738, en las de la Academia Española y en la de Bowle. De los mismos vicios y defectos adolecen las corregidas y comentadas por Pellicer, García Arrieta, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y las de otros correctores.»

Para quien como yo, que estaba convencido y creía a pie juntillas que todos los textos del «Quijote» eran iguales al que escribió su festivo y regocijado autor, los párrafos que acabo de transcribir, picaron tanto mi curiosidad, que me forzaron a lanzarme a la busca y captura de las primeras ediciones de la sin par novela con el fin de cotejarlas unas con otras y con las llamadas corregidas, para ver si, en efecto, era verdad lo que en su epístola afirmaba el Sacristán Pasillas. Llevado, pues, de este pícaro deseo, auxiliado de un hijo mío, actualmente bachiller en ciernes, emprendí la ingrata y penosa tarea de hacer un pacientísimo cotejo de varias de ellas, el cual, después de hecho, he sacado el convencimiento, que le sobra la razón al firmante de la citada carta, de clamar contra las profanaciones cometidas por manos profanas en el texto de la reina de todas las novelas de la literatura española. Lo mismo que yo, opinarán también, cuántos lean el siguiente resultado de las variantes sacadas de las ediciones del *Quijote* que para este propósito se han cotejado.

Dejando aparte las dos idas del bachiller Alonso López y de otros errores que se leen en el capítulo XIX de la edición príncipe; las confusiones que se notan en los capítulos XXIII, XXIV y XXV por haberse omitido en ella el robo del jumento

y la forma como lo vuelve a recuperar Sancho en XXX, y los folios que están mal numerados y otros errores, el número de erratas que contiene esta edición, es de 227.

Siguen a la edición príncipe en el orden de impresión, las impresas en Lisboa en el mismo año de 1605, por Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck, en las cuales aparece mutilado (en opinión de algunos debido a la Inquisición), mucha parte del diálogo que en el capítulo XIII sostienen don Quijote y Vivaldo. También se ve mutilada la Canción de Grisóstomo y otros pasajes de la novela. Y, si a tales profanaciones se añaden otros errores y más de 1.300 variantes que ofrecen con respecto a la primera edición, bien se puede decir claramente y sin rodeos, que las primeras reimpressiones del libro que andando el tiempo ha alcanzado las más altas cimas de la gloria, son un manifiesto atentado contra el sentido común y peculiar de la armoniosa prosa que campea en la obra cumbre del gran ingenio alcalaíense.

Se presume que Francisco de Robles, editor de la edición príncipe, sabedor de que se estaba reimprimiendo el *Quijote* en Portugal, o que quizá picado del amor propio por los desaciertos y descuidos que tuvo Juan de la Cuesta en la primera impresión, cuando aun no se habían pasado dos meses desde que ésta salió a luz, determinó publicar una segunda edición, pidiendo para ello privilegio, que le fué otorgado en Valladolid el nueve de febrero de 1605, para los reinos de Castilla, Aragón y Portugal. Ignórase cuál de estos dos motivos obligaron a Robles a publicar esta segunda edición cuando aun no había agotado la primera, pero sea el que fuere, es lo cierto que en el mismo mes de febrero empezó su impresión, la cual empezó a correr de molde a últimos de abril o a primeros de mayo. En esta nueva edición se interpolaron los episodios del robo y hallazgo del jumento que se omitieron en la príncipe, pero el primero tan fuera del lugar que le corresponde, que da motivo a las notables contradicciones que se leen en los capítulos XXIII, XXIV y XXV. En el XXVI se enmendó aquello de: «rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario, el tiempo que allí estuvo», que se lee en la príncipe, diciendo: «Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo

un diez.» En el capítulo XLIII, que en la primera edición se omitió el epígrafe, cuya omisión da lugar a que el texto del mismo se confunda con el antecedente, se puso éste: «Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.» Además de esto, se corrigieron también, 197 erratas de la primera edición a cambio de otras nuevas que se deslizaron en ésta, en número de 148, siendo el total de variantes que ofrece con respecto del texto primitivo, de 345.

Las de Valencia, impresas por Pedro Patricio Mey en el mismo año, que tomaron por modelo la segunda edición de Cuesta, ofrecen varias caprichosas correcciones, por cuyo motivo el número de sus variantes que hemos anotado respecto a la que les sirvió de modelo, es de 424.

En la edición de Bruselas, impresa en 1607, se enmendaron varios yerros de la segunda edición de Juan de la Cuesta, cuyo texto sigue, y las contradicciones en que aparece Sancho montado en su jumento después de habérsele hurtado Ginés de Pasamonte. También se hicieron otras correcciones, y sus variantes suman un total de 402 respecto a la segunda de Cuesta.

En la edición de Madrid de 1608, o sea la tercera que imprimió este mismo impresor, la que dice Pellicer sin ningún fundamento, que la corrigió el propio autor, aparecen 166 erratas y 286 correcciones, de las cuales 50 son tomadas de la edición de Valencia, impresa por Pedro Patricio Mey, y 55 de la de Bruselas, del año 1607, ofreciendo nada menos que 452 variantes con respecto al texto de la segunda edición madrileña.

Estas son las discrepancias que ofrecen entre sí, las ediciones que hemos cotejado de la primera parte del *Quijote* impresas en vida de Cervantes. Veamos ahora las de la segunda. Salió esta edición a la luz, en los últimos meses de 1615, o sean unos cinco antes de morir su autor. Que éste no corrigió la de 1608, como afirma Pellicer, lo demuestra la primera impresión de la segunda parte, en la que se notan, como quien no dice nada, 464 yerros de imprenta, los cuales dieron motivo que en la reimpresión de Bruselas, hecha en 1616, se introdujeran en el texto 35 variantes, y en la de Valencia impresa en el mismo año, 18, sumando un total de 53 variantes respecto del primitivo texto.

A Barcelona cabe la gloria de ser la primera ciudad de imprimir en 1617, ambas partes del *Quijote*, las cuales se pasan por alto por la razón de seguir una y otra, los textos de las ediciones valencianas impresas en 1605 y 1616.

En la edición de ambas partes, publicada en Bruselas en 1662, vi con sorpresa que las adultera-

ciones empiezan ya en la portada, en la que el título de la gran novela reza: «*Vida y Hechos del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha*», en lugar de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*. En la misma portada se tomaron la libertad de suprimir todos los títulos nobiliarios que ostentaban el duque de Béjar. Y no fueron éstos los únicos desafueros que en la inmortal novela cometieron, puesto que dividieron su texto en ocho libros a cambio de suprimir las dedicatorias de ambas partes, como si no las hubiese escrito Cervantes. En fin, son tantas las adulteraciones de esta edición belga, que sus variantes, cotejadas con el texto de la segunda edición de Juan de la Cuesta, llegan a la suma de 697, o sean 259 en la primera parte y 438 en la segunda.

En la portada de la famosa edición de Londres, impresa en 1738, se lee el mismo título que se estampó en la de Bélgica que se acaba de citar, y como en aquélla se suprimen también los honores que poseía el duque de Béjar y las dedicatorias de Cervantes. Al corrector de esta edición merece se le dé el título de ser el mayor profanador de la mejor joya de nuestra literatura que tuvo el siglo XVIII. Y que esto no se dice a tontas ni a locas, lo confirman las 1138 variantes que en ella hemos contado respecto a la segunda edición de Cuesta, o sean 596 en la primera parte y 542 en la segunda.

La Academia Española en su edición de 1780, con muy buen acuerdo, adoptó el verdadero título que dió Cervantes a su obra, y no *Vida y Hechos del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha*, que se puso en la portada de la edición de Bruselas de 1662, y que se siguió estampando en todas las publicadas (excepto la de la Imprenta Real, 1668) hasta 1777. Otra de las innovaciones introducidas en el texto, fué dividir toda la obra en dos partes de cuatro que contiene el primer tomo. Las variantes que contienen entre las dos ediciones príncipes, son en número de 185.

Signe a la edición de la Academia la impresa en Londres en 1781, que fué corregida por don Juan Bowle, quien como la citada corporación estampó el mismo título, y restituyó también las dedicatorias de Cervantes. El texto que Bowle tomó por modelo fué el de la edición de Madrid de 1608, para la primera parte, y para la segunda la de 1615, de las cuales se aparta pocas veces en comparación de otros correctores. No obstante esto, en ambas partes por él corregidas, figuran 120 variantes respecto a los citados textos.

Don Juan Antonio Pellicer, que dice que Cervantes corrigió la edición de 1608, a la cual sigue, introdujo 154 variantes, lo que no se explica en un texto corregido por su propio autor.

También sigue a la misma edición de 1608 la publicada por la Academia en 1819, en la que se introdujeron 345 variantes, de las cuales 80 son propias de la Academia. No comprendemos que tan docta corporación en 1780 siguiese el texto de la segunda edición de Juan de la Cuesta, y que 39 años después, la tercera.

Don Agustín García Arrieta es uno de los que deben figurar en primera fila de los profanadores del *Quijote*, quien tuvo a bien de suprimir en la primera parte la novela del *Curioso impertinente* y todas las cláusulas y paisajes en que se menciona al capitán cautivo y a Zoraida, con cuyas supresiones redujo la primera parte a 47 capítulos de los 52 que contiene. Por más que diga este corrector en su *Advertencia* que sigue a la edición académica de 1819, y de figurar en la que él corrigió todas las variantes de la mentada edición, bien puede decirse, sin pecar de exagerados, que en sus enmiendas y correcciones andaba sin brújula; no otra cosa demuestran las supresiones que se han señalado y las 184 variantes propias que en ella se leen.

También don Diego Clemencín sigue el texto de la edición de 1608, la cual creyendo a Pellicer, dice que la corrigió el mismo Cervantes; mas a pesar de ello, el número de variantes propias que interpoló en el texto, ascienden a 125.

A la misma edición de 1608 siguió don Buenaventura Carlos Aribau, impresa por M. Rivadeneyra en 1846, la cual ofrece, respecto de aquella, 20 variantes.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, merece figurar como uno de los principales profanadores del *Quijote*, puesto que a éste puede llamarse el *Quijote* de Hartzenbusch y no de Cervantes. Tantas y tantas son las correcciones que osó introducir en su texto, que las variantes que en él hemos contado, pasan de 1.200.

Don Ramón León Máinez, en la edición por él corregida, publicada en Cádiz en 1877, sigue a la príncipe, de la que moderniza no pocas palabras que, por su sabor arcaico había de respetar; y aun esto sería lo de menos si no se hubiese tomado la libertad de introducir en el texto 371 variantes.

Don Nicolás Díaz de Benjumea en su edición pu-

blicada en Barcelona, por Montaner y Simón en 1880, siguió el adulterado texto de Hartzenbusch, del cual acepta todas las variantes que hizo en el venerado texto cervantino, añadiendo él por su cuenta y razón, 42.

En 1898 salió de las prensas de David Nutt, en Londres, una edición corregida por don Jaime Fitzmaurice-Kelly, el cual se propuso restituir el texto del *Quijote* tomando por base el de la edición príncipe. Como en ésta, suprime el robo del jumento a Sancho; además se separa de la misma con frecuencia, tanto, que en esta impresión hemos contado cerca de trescientas variantes respecto a la príncipe, de las cuales 63 son propiamente suyas, y las restantes fueron tomadas de otras ediciones.

La edición corregida y comentada por don Clemente Cortejón, es de todas las comentadas, quizá la de más valor literario, pero las variantes que en ella se leen, que ascienden a la cifra de 704, tomadas, excepto 12 que son propias de él y de sus continuadores, dicen claramente que esta edición también tiene sus lunares, los cuales desaparecerían con ligeras correcciones en una segunda reimpresión.

Más de ochocientas variantes hemos anotado en las dos primeras ediciones de don Francisco Rodríguez Marín, que dice que no se aparte del texto de la príncipe. Del citado número de variantes 487 pertenecen a la edición impresa en 1911, de las cuales 71 son propiamente suyas, y las restantes a la edición publicada en 1916.

Este es el fruto que he sacado, pacientísimo lector, del trabajo que me eché sobre mis hombros por tener la curiosidad de saber si todo lo que decía en su discreta carta el Sacristán Pasillas, respecto de cómo se ha ido adulterando y corrompiendo el divino texto del *Don Quijote*, era verdad o no. Yo, por mi parte, sé decir al simpático Sacristán, que le debo gratitud, y que no me pesa haber emprendido el penoso trabajo de cotejar las mencionadas ediciones, las cuales con sus discrepancias me han sacado del error en que he vivido hasta al presente, creyendo que todos los textos del gran libro cervantino, eran iguales.

EL BACHILLER PEZUÑA



Coro de alabanzas

EL que há tres centurias resuena en honor de Cervantes y en elogio de su inmortal producción, aumentado hoy con las millares de voces que se alzan en todas partes, constituye el hosanna más excelso que en loor del genio han entonado los siglos.

Cierto, ya he visto en la historia cómo siete ciudades de Grecia se disputaban la honra de que en su seno había nacido el primero de los hijos de Apolo.

Aun resuena en los oídos, y ciertamente resonará en los de toda persona culta,

«Mientras rueden las ondas de los ríos
Y la copa del árbol refllorezca»,

el brillante encomio que de él hicieron los críticos, los sabios de las pasadas edades. Es el poeta, como por antonomasia le llama Justiniano en la *Instituta*; es el divino Homero, como, poseído del mayor entusiasmo, le apellidaba Aristóteles; es el padre de la poesía, volvamos a repetirlo, Homero, ante cuyo nombre, ¡tan hermosas son sus creaciones!, nos descubrimos todos como se descubrían los ancianos de Troya al paso de Helena, parecida a una diosa en lo arrogante, singular y deslumbrador de su incomparable belleza.

Esto declarado, ¿será lícito preguntar, sin menoscabo del debido acatamiento, qué héroes (en la relación de universalidad artística) son más conocidos y populares entre los millones de hombres que pueblan actualmente la tierra? ¿Lo son por ventura los capitanes griegos y troyanos, famosos por tantas batallas justamente celebradas en la magnífica epopeya del hijo de Esmirna, o aquel pobre hidalgo de la Mancha y su inseparable escudero, immortalizados por Cervantes en esotra epopeya que se llama el *Don Quijote*?

En paz sea dicho, ¿cuándo se ha ensalzado a Homero y su *Ilíada* como ensalzan al hijo de la antigua Compluto y a su imperecedera novela, ese canto de amor a la belleza, verdad y justicia? Los que nacieron allende los mares, y del lado de allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rhin y de fronteras más lejanas aún, forman con sus alabanzas un coro tan magnífico cual no registran otro parecido ni la historia ni la ficción.

Ahora se alza una voz y dice: «El *Don Quijote* ha tenido la suerte de que por su armonía y una disposición única de la realidad individual y de la verdad general, ha llegado a ser el patrimonio del género humano. Habiendo comenzado por ser un libro de actualidad, se ha convertido en libro de la

humanidad, y tiene para siempre sitio señalado en la imaginación de todos. Desde ese momento todo el mundo se ha ocupado en él y ha tomado de él a su antojo, interesando lo mismo a los niños que a los hombres. Sin que lo pensara Cervantes, cada uno de nosotros es un Don Quijote y un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla, en mayor o menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen sentido positivo y rastreo. En muchos es sólo cuestión de edad: uno se duerme siendo Don Quijote y se despierta siendo Sancho.»

Luego, con profundidad no menos filosófica, se levanta otra voz y rompe a hablar: «En esta suprema alegoría que se llama *Don Quijote* vive y respira el hombre inmutable, la humanidad de todos los países y de todos los siglos y se presenta con sus excesivos deseos, sus desmesuradas empresas, sus virtudes sobrenaturales y sus acciones mezquinas.» Pero según Pascal, «nuestra grandeza se ostenta aún a través de nuestras miserias, y la grandeza moral del héroe de la Mancha es evidente para todos los que saben ver y leer».

Sí, queden en silencio, fuerza es repetirlo, las alabanzas de un Lope, de un Tirso, de un Calderón, de un Quevedo, que a cada nueva lectura del *Don Quijote* se sentía tentado a quemar cuanto había escrito. No busquemos argumentos para confundir a los que afirman haber sido recibida con indiferencia por los españoles la primera novela de la Literatura Universal y cedan el paso todos estos razonamientos, para que sólo se oiga a los que sin abdicar del amor a su respectiva patria, a su propia literatura, ponen sobre su cabeza el único libro por el que todavía somos respetados en el extranjero.

Diríase que asidas de la mano de la inspiración, la poesía, la ciencia y cuantos con ellas se congratulan, han formado en tierra extraña un coro de alabanzas que, enorgulleciendo a los buenos españoles, han de avergonzar a los que se imaginan hemos de cubrirnos el rostro porque nada bello podemos presentar en el grandioso monumento del Arte.

Ha de llenarles ciertamente de confusión, y a nosotros de complacencia saber cómo se ha juzgado nuestro libro por quienes, si desconocen en parte las bizarrías de la lengua castellana, han mostrado que en punto a elevación de pensamiento vencen a no pocos de los que aquí presumen de cervantistas, de los que se imaginan haber llegado a la meta del pensar alto y sentir hondo.

Comiencen a hablar los de fuera de España, y juzgue el lector.

De las notas que tenemos acotadas, entresacamos, no de industria ni deliberadamente, sino tal como aparecen en nuestra cartera, las siguientes:

«Cervantes es en la poesía española el grande y único centro que ha dado impulso de producción a todos los géneros de la misma, y sin embargo, sólo consigo mismo puede compararse, porque descolló, realmente hablando, sobre el espíritu de su nación.»

Cuando se publique, añadimos aunque no por vía de reparo, la obra de un eximio cervantista, se verá confirmada esta afirmación respecto al inmenso caudal de producciones gramaticales que inspiradas en las obras de Cervantes se han escrito en diversas partes del mundo.

«Por intuición y sin darse de ello clara cuenta, dice Littré, descubrió y empleó uno de los puntos más importantes de la psicología histórica, a saber: la alianza de la alucinación con la razón y la influencia de esta alianza.»

También Víctor Hugo habló de Cervantes:

«Tiene una maravillosa intuición, escribe, de las acciones íntimas del alma y una filosofía de fases inagotables que parece poseer un mapa nuevo y completo del corazón humano. Cervantes ve el interior del hombre; su filosofía se combina con el instinto cómico y con el novelesco. De ahí lo incesantemente variado de sus personajes, de su acción, de su estilo; lo imprevisto de sus magníficas aventuras. Como poeta reúne los tres dones soberanos: la creación, que produce los tipos y viste las ideas de carne y hueso; la invención, que, poniendo en choque las pasiones con los acontecimientos, hace dar chispas al hombre contra el destino y produce el drama; la imaginación, sol que derramando el claroscuro por todas partes da relieve a las cosas y las vivifica.»

En prueba de que el autor se desmintió a sí mismo cuando dijo: «Nunca segundas partes fueron buenas», consignamos gustosos el juicio de este otro crítico, también extranjero:

«En la segunda parte del *Don Quijote*, que a nuestro entender es superior a la primera, se descubre el verdadero pensamiento del autor; no se trata de caballería andante, sino de lo más preciso para continuar la obra. Es un libro de filosofía práctica, una juiciosa y suave sátira de la humanidad.»

¡Qué hermoso esotro pensamiento!

«Las mujeres en el *Quijote* aman como tales y hablan como ángeles.»

¿Es una simple novela, un libro de mero entre-

tenimiento? Oigamos la opinión de un nuevo escritor:

«El pincel de Cervantes trazó un cuadro de la vida en España, en el siglo XVI, más preciso y rico que los que puede proporcionar el estudio de las crónicas monacales de las bibliotecas.»

¡Con qué interés siguió la lectura del libro el que así razona!

«Don Quijote es un loco lleno de buen sentido; Sancho, un hombre de buen sentido, lleno de locura; el uno, todo poesía, sólo aspira a la gloria; el otro, todo prosa, sólo busca la fortuna, y presta tanta credulidad a los sueños de su codicia, como el caballero de la Mancha a las ilusiones de su heroísmo.»

«Ordinariamente, Don Quijote habla como un loco; pero cuando trata de lo que atañe al gobierno de los pueblos, entonces discurre con el soplo de la sabiduría. Palabras de oro fluyen de sus labios cuando enseña a su fiel escudero Sancho el arte de gobernar. Si se quiere saber cómo sienta el mando en las almas buenas y sencillas, léase el final del gobierno de Sancho, acompañesele con toda su corte al establo, y oígaese su discurso, realmente sublime, a su antiguo y fiel amigo el rucio.»

El libro más alegre y vivaz de cuantos se han escrito es a la vez el más tierno y melancólico.

Esta novela, empezada en una cárcel, terminada en una vivienda accidental, tiene el melancólico encanto de una confesión; en ella las ilusiones y los trabajos del héroe se unen dolorosamente a las esperanzas y a los desengaños del autor. Pero en este corazón meridional había gran copia de dulzura y de gracia, y quizá también le alentaba la idea de que siendo la idealidad un gozo superior, tienen los locos ya desde este mundo una parte en el reino de Dios. He aquí por qué se necesita tener muy fino el oído para reconocer, por entre la franca carcajada del *Quijote*, el trágico grito del desgraciado escritor.

Esta su melancolía ha prestado constantemente materia a hondas consideraciones.

Don Quijote vive todavía, porque su tipo reproduce un aspecto esencial y continuo de la naturaleza humana. Don Quijote podrá transformarse de uno en otro siglo, de uno en otro país, mas no puede perecer. El progreso humano es obra de los idealistas, y Don Quijote es un idealista perfecto. No sufre más equivocación que ir en busca del ideal en su pasado que no puede volver. El ridículo de que se cubre es precisamente consecuencia de un regreso a lo imposible. No se da cuenta de los tiempos nuevos y cambiados; no

comprende que las cosas nuevas exigen formas nuevas; ve lo pasado en su aspecto más ideal y quiere resucitarlo.

Que en competencia con Shakespeare aparezca Cervantes más comunicativo, lo confiesa James J. Gibson: «Quien haya percibido, dice, el encanto de este *Hechicero del Mediodía*, conocerá cuánto su personalidad está estampada, cual acuñada pieza, en todo lo que escribió, cuánto la novela de su vida está entretrejida con la novela de sus escritos, de tal manera, que, a la par del amor de sus obras, nace y crece nuestro cariñoso interés hacia el sin par novelista. Todo el mundo siente que así sucede con el *Quijote*. En esta novela de las novelas y tras la visera del inmortal caballero que parece tan sólo nacido para desterrar del mundo el tedio y la melancolía, y reemplazarlos con la risa y el regocijo, descubrimos la faz de un hombre cuyos ojos no manifiestan señal alguna de locura, sino un ardoroso entusiasmo templado con toda clase de humorísticos fulgores, cuyos labios tienen siempre una graciosa sonrisa para sus amigos y una irónica mueca para los enemigos, cuya frente surcada por las penas, los cuidados y los sinsabores revela al hombre de vasta experiencia, ya de los hombres, ya de las cosas, la cual le da

el derecho y la suficiencia para tratar del universo todo...»

Tarea poco menos que imposible fuera la de reunir en un artículo las mil y mil voces, para decirlo por medio de una imagen, que formando coro grandioso se han alzado a una para cantar, con el más grande de los entusiasmos, las alabanzas de Cervantes y de su *Ingenioso Hidalgo*.

Cese el himno, aunque con pena nuestra, y no se oiga más voz extranjera que la de Emile Gebhart: «Sobrevivir no puede a los gloriosos fantasmas que de tantas miserias le han consolado. Mientras ha creído en ellos, ha acogido los palos con la resignación de un amante o de un mártir; ahora que sabe que el penar y el luchar por el restablecimiento del derecho y la exaltación de la justicia es contender contra simples molinos de viento, no le queda otro camino que el del otro mundo. ¡Paz a vuestra memoria, Caballero de la Triste Figura! ¡Habéis sido vencido! ¡Es el destino de las grandes almas y de las grandes causas! ¡Pero nos habéis divertido mucho, y por el deleite que os debemos, os lloramos eternamente!...»

CLEMENTE CORTEJÓN

(Reproducido de *La Ilustración Artística*, Barcelona, 1.º de enero de 1905.)



Ensayo de una edición políglota del «Don Quijote»

FUÉ hace sesenta años aproximadamente, en que el ilustre cervantista don Francisco López Fabra, incansable baluarte de las buenas letras españolas, concibió una gran obra: la de presentar reunidas en una sola edición, 100 diferentes traducciones en tal número de idiomas y dialectos, del capítulo XLII de la segunda parte de la monumental novela de Cervantes. Fué su ambición editar un fragmento del *Don Quijote* políglota, representado en el capítulo en que Don Quijote da sabios consejos a su fiel escudero. No le fué, sin embargo, la suerte propicia, este factor tan importante que debe acompañar a toda empresa monumental para alcanzar el feliz término de la misma. Don Francisco López Fabra dejó de existir, tristemente para las letras españolas, cuando mayor era su entusiasmo por su obra, de la cual logró ya varias traducciones (1), no sin que le costasen ímprobos trabajos.

(1) Además de poseer las traducciones de los idiomas en que ya se había editado, logró las siguientes inéditas: Latín, Griego antiguo y moderno, Catalán, Provençal, Chino y Árabe.

Murió don Francisco López Fabra, y con él se fundió aquella difícil empresa, que sólo un hombre de su temple y su constancia pueden intentar llevar a cabo. Han pasado desde entonces unos años y aun cuando hay quien recuerde dicha idea, nadie parece dispuesto a intentar llevarla a cabo.

Amparado, pues, en este proyecto, ofrezco a mi vez otro, inverosímil si se quiere, pero no tanto como para ser considerado como irrealizable, aunque sí difícil, como toda empresa de excepcional importancia. Tal es el de hacer una edición íntegra del *Don Quijote*, en los 100 consabidos idiomas y dialectos, pero no una edición a ciegas, inconsciente, sino al contrario, documentada y científica, una verdadera enciclopedia cervantina. No es tan siquiera un proyecto, sino más bien un ensayo de lo pudiera ser una obra monumental, cumbre por así decirlo, en los ya grandes anales de la literatura española. Luego, el tiempo y la labor e inteligencia de los doctos cervantistas con que España cuenta, puede ocuparse algún día, de que este pequeño ensayo, que hoy no llega tan

siquiera a ser proyecto, pueda llegar, convenientemente reformado, totalmente tal vez, ser acaso una realidad, como tributo a don Francisco López Fabra, y sobre todo al Príncipe de los Ingenios, al inmortal Cervantes.

NECESIDAD DE UNA INTRODUCCIÓN

Una obra de tal importancia, no sería completa sin una pequeña introducción que la completase; y antes de comenzar por la elección del texto, punto inicial de partida, voy a exponer en forma muy incompleta (para no alargar excesivamente este trabajo) lo que debiera ser a mi juicio una introducción a la tal obra, que debiera constar por lo menos de tres grandes volúmenes con el siguiente contenido

Primer Volumen.—a) *Vida de Cervantes.*—Breve exposición y crítica de la misma, tomada entre otras fuentes por notables trabajos como los de: Gregorio Mayans y Siscar, Manuel José Quintana, Vicente de los Ríos, Navarrete, Lockart, Florián, Mor de Fuentes, Viardot, Próspero Mérimée, Grimaux, Balbiani, Barentz Schönberg, Gómez Leal, Ticknor, Santos Oliver, Morán, Antonio de Bofarull, Tárrego, Pellicer, Herrero, Suñé, etcétera, etc.

b) *Breve explicación y exposición de sus obras.*

c) *Breve descripción* de todas las ediciones conocidas del *Don Quijote* (es digno de mención en este punto la Bibliografía de las ediciones del *Quijote*, de don Juan Suñé Benages y don Juan Suñé Fonbuena), que facilitarían grandemente este apartado.

d) *Colecciones cervánticas* más importantes, ya particulares, ya públicas, cuyos volúmenes que las forman pueden exponerse para evitar demasiada extensión, al margen de la descripción de cada una de las ediciones, dando un número, por ejemplo, a cada una de las colecciones. Entre dichas colecciones, de muchas de las cuales ya existen sendos catálogos, creo son dignas de mención: 1) *Entre las particulares* las que son, o fueron en otro tiempo, de don Isidro Bonsoms (hoy de la «Biblioteca d'Estudis Catalans»), del Marqués de Jerez de los Caballeros (hoy de la «Hispanic Society of America»), de Salvá, Clemencín, Fermín Caballero, Cañete, Marqués y Señor de Liédena, Dr. Mead, Richard Ford, Knapp, Ormsby, Stanley (vendida en pública subasta en Londres, en 1813), la del Duque de Devonshire (hoy propiedad de Henry E. Huntington), Henry Huth (vendida en pública subasta en Londres, de 1911 a 1913), Locker-Lampson, Wendell Prime (donada a la

Biblioteca de Lenox, de Nueva York, en 1893, hoy acumulada a la Biblioteca Pública de Nueva York), la de Elihu D. Church (adquirida por Henry E. Huntington), las de Cortejón (hoy de don Juan Suñé), Ricardo Heredia, General San Román, Claudio Pellot, Barón de Seilliere, Rius, Asensio, Bragge, Gayangos, Bachelin-Deflorenne, José Miró (vendida en París en 1878), Ticknor, Lord Amherst, Christopher Frederick Nicolai, Marqués de Morante, Rush C. Hawkins, Conde Camilo Malvezzi, Palacio Vitery, Helguera, Baltasar López, Viuda Suárez, Ortiz, Carabia y Sir Henry E. Huntington.

2) *Y entre las públicas*, las ya citadas de *Estudis Catalans*, *Hispanic*, *Lenox*, de Nueva York, y las siguientes: la del Museo Británico, Congreso de Washington, de la Plata, Nacional de Río Janeiro, Nacional de Madrid, Nacional de París, Pública de Boston, la de Birmingham (destruida casi totalmente por un incendio) y Academia de la Historia.

Segundo Volumen.—Podría hacer referencia a las obras teatrales referentes al *Quijote*, con sus argumentos brevemente reseñados, así como las imitaciones teatrales y novelísticas, comprendiendo entre las primeras citadas las comedias, dramas, zarzuelas, operetas, óperas, pantomimas, entremeses, bailes, composiciones musicales, etc.

Tercer Volumen.—Descripción de algunos objetos que a ello se refieran, tales como sellos, monedas y medallas, arquillas, vajillas, bandejas y mosaicos, etc. *Dibujos*, entre los que destacan los debidos a Paret, Alcántara, Jimeno, Navarro, Jiménez Aranda, Cruz y Cano, Carnicero, Camarón, Alenza, Pahissa, Marín, etc. *Estampas*, sin omitir las de Goya, Coypel, Manzano, Ribera, Nanteuil y Porter. *Tapices*, considerando en el lugar que le corresponda a los ya famosos de Van-der-Goten.

Esculturas, especialmente las de Flórez, Collaught, Valera, Sentenach, Gautier, Bañuls, Antonio Solá, Rosenda Nobas y otros. *Cuadros*, entre los que han de figurar indiscutiblemente los de Carlos Vázquez, Sentenach, Valero, Vallejo, Zarza, Carderera, Fragonard, Alvarez Dumont, Cano, E. G. G., Flórez, Jiménez, Francés y Mexia, García Híspaleto, García Ramos, Lizcano, Lucas, Moreno Carbonero, Pérez Rubio y Barrau.

Asimismo podrían figurar en este volumen un breve extracto y detalle de los monumentos erigidos al *Quijote* y a Cervantes, tales como los de Madrid, Alcalá de Henares, Alcoy, Valladolid, París, Habana, etc.

Proyectos de monumento, como el propuesto por un autor que no quiero dar a conocer su nom-

bre, pero sí sus iniciales, que fueron A. G. D. de V. Y., en 1832.

El de Utopía de Cervantes o fundación de una Colonia en el campo, en la que pretendía su autor que hubiese una reproducción de las principales aventuras de Don Quijote, museo, chalets para admiradores, etc.

Tampoco merecen ser omitidos los de Fernando Miranda, sobre un proyecto de monumento en el Central Park de Nueva York; el de Agapito Vallmitjana, y sobre todo el magnífico proyecto de don Calixto Serichol, de un colosal monumento en la Mancha, próximo al ferrocarril, que debiera representar a Don Quijote y a Sancho Panza, el primero montado en su Rocinante cuya altura mínima debía ser de 72 metros, y cuyos interiores serían destinados a Restaurant, Museo, etc., y cuyo coste aproximado sería el de 40 millones de pesetas.

Exposiciones de obras cervánticas, siendo de las más importantes las celebradas en Madrid y Oviedo a principios de siglo, por lo que a España refiere.

Novelas, Artículos y Poemas que no enumero tan siquiera por no alargar excesivamente este trabajo, así como artículos y trabajos más importantes.

Periódicos y Revistas publicados con nombres cervantinos, siendo sin duda de los más importantes y conocidos: El primero conocido publicado en Londres, en 1803; «El Nuevo Don Quijote», de Sevilla, en 1812; «Le Don Quichotte», publicado alternativamente en 1818, 1830 y 1865; «L'ambigu ou le nouveau Don Quichotte de la Manche», de 1818; «Le petit Don Quichotte», en 1823; «Le petit Don Quichotte moral et politique», en París, 1818; el «Don Quichotte», en Berlín, 1832; el «Sancho Gobernador», de Barcelona, en 1836; el «Don Quijote», en Madrid, 1853, y el del mismo título y ciudad, en 1869; el «Don Quijote», de Barcelona, en 1873; la «Crónica de Cervantistas», de Matanzas, en 1873; «Cervantes», de Madrid y Barcelona, de 1875 y 1876; la «Cuna de Cervantes», de Alcalá de Henares, en 1876; «El Nuevo Quijote», de Madrid, en 1877; «Crónica de Cervantistas», de Cádiz, en 1878; «Sancho Panza», de Barcelona, en 1880; «Don Chisciotte de Mancía», Roma, 1883; «Don Quijote», Buenos Aires, 1884; el mismo, de 1899; «La Patria de Cervantes», Bilbao, 1900; «Crónica de Cervantistas», Madrid, 1904; «La Ilustración Manchega», Alcazar de San Juan, 1904; «Cervantes», Barcelona, 1915, de todos los cuales, como otros dejados de citar, debieran figurar en este volumen, un resumen de su historia, así como de las demás pu-

blicaciones que dedicaron alguno de sus números íntegros a Cervantes o a Don Quijote.

ELECCIÓN DEL TEXTO POLÍGLOTA

Una vez terminada esta introducción, a la que forzosamente habría que llenar de innumerables vacíos, ya que requeriría un detenido análisis y clasificación difícil de llevar a cabo en poco espacio, viene lo más elemental, o sea la elección del texto del Don Quijote, que deba ser objeto de las 100 correspondientes traducciones, para lo cual pueden seguirse dos caminos naturales, partiendo desde luego de que el texto inicial sea el de una edición española. Tales son: el uno, la elección de uno de los primeros ejemplares (con lo que se alcanzaría una mayor aproximación al auténtico texto de Cervantes). El otro, la elección del mejor texto de adaptación, o de mejor arreglo (con lo que podrían suprimirse importantes errores, ya de imprenta, ya de interpretación).

PRIMERA CLASIFICACIÓN: LAS MÁS ANTIGUAS

Primera parte del Don Quijote

Desde este punto de vista podría recaer la elección en cualquiera de los textos siguientes:

a) Primera edición de Juan de la Cuesta (con muchos errores, muy inferior a la segunda, olvidan el episodio del robo del rucio y su hallazgo). Año de 1605.

b) Segunda edición de Juan de la Cuesta (incluye el robo del rucio, contiene alguna errata nueva, pero es muy superior a la primera). Año de 1605.

c) Edición de Valencia (sacada de la segunda de Juan de la Cuesta, de la que corrigió a su vez algunas erratas, intercalando frases añadidas a su gusto por Pedro Patricio Mey, y a costa de José Ferrer). Valencia, 1605.

d) Edición de Valencia (casi idéntica, con pocas variantes, pero mejor que la anterior. También por Pedro Patricio Mey y José Ferrer). Valencia, 1605.

e) Tercera edición de Juan de la Cuesta (sacada de la segunda, pero enmendada y con más esmero en la impresión que las anteriores, es indiscutiblemente la mejor de las tres). Madrid, 1608.

SEGUNDA PARTE Y AMBAS PARTES DEL DON QUIJOTE

f) Edición de Juan de la Cuesta. Madrid, 1615. Es la primera edición de la segunda parte, pero contiene varias erratas.

g) Edición de Valencia, de 1616, de casa de Pedro Patricio Mey, a costa de Roque Sonzonio.

h) Edición de Barcelona, en casa de Sebastián

Matevat, a costa de Rafael Vives, en 1617 (contiene ambas partes de la obra, copia de las valencianas de 1605 y 1616, primera completa de ambas partes).

i) Edición de Madrid, de 1637, imprenta de Francisco Martínez, a costa de Domingo González (su primera parte es modelo de la segunda de Cuesta con algunas correcciones y nuevos errores; la segunda parte sigue a la Príncipe, pero con muchas erratas).

SEGUNDA CLASIFICACIÓN

Las más acertadas o de mejor arreglo que han servido de base a otras ediciones

a) Edición de Madrid, de 1636-37 (sigue la segunda de Juan de la Cuesta).

b) Edición de Madrid, de 1662 (más perfecta que la anterior).

c) Edición de la Academia, de 1780 (equivalente a la segunda de la Cuesta, corregida).

d) Edición de la Academia, de 1819 (sigue a la tercera de Juan de la Cuesta. Muy buena).

e) Edición de Viuda e Hijos de F. Gorchs, Barcelona, 1832 (mejor que la anterior).

f, g) Ediciones de 1833 y de 1846 (Rivadeneira), verdaderas creaciones de los comentaristas Clemencín y Aribau.

h) Edición de Clemente Cortejón. Barcelona, 1905-1913. Soberbia.

Estas son, indudablemente, las ediciones más indicadas para el ensayo que nos ocupa, tanto las de la primera como las de la segunda clasificación, según se adoptase uno u otro de los dos sistemas expuestos, que a mi juicio son las obras que más se prestan para la selección ideal, en cualquiera de sus aspectos.

Ahora bien, con ello lograríamos ya poder contar con una Introducción y un texto escogidos, que es de trascendental y primera importancia. De los demás detalles, el más interesante es, a mi modo de ver, el de las láminas, entendiendo que a cada país debiera respetársele su grano de arena, que no sin trabajos ni esfuerzos aportaron, mereciendo capítulo aparte.

La traducción debiera hacerse letra por letra del original español que fuese el elegido, y las demás características adaptarse igualmente al texto inicial, salvo el asunto de dibujos, que creo sería interesante atenerse a lo siguiente:

Texto español.—Debieran ser ilustradas sus láminas y viñetas en tal forma y cantidad que estuviesen en él representados los siguientes dibujantes, honra, entre otros no citados, de España en este sentido, tales como: Camarón, Carnicero

(Ael), Arnal, Del Castillo, Barranco, Brunete, Gil Ferro, Ximeno, Cuesta, López Enguidanos, Rodríguez, Monet, Navarro, Paret, Alcántara, Miranda, Cobo, Pelegruer, Ametller, J. A., R. de los Ríos, Urrabieta Vierge, Ribelles, Heredia, Vallejo, Cibera, Espalter, Montañés, Madrazo, Murillo, Rivera, Fluixenc, Martí, Zarza, Payró, Manzano, Barneto, Padró, Narváez, Puiggarí, Gispert, Jiménez Aranda, Alpérez, Bilbao, García Ramos, Luis Jiménez, Cabrera, Sorolla, Sala, Villegas, Canibell, F. H., Barrios, Tusell, Palao, Goya, Pahissa y Marín, verdadera legión de hombres cuya clara visión de la obra de Cervantes tanto contribuyó a la esplendidez de la misma.

No sería justo dejar postergados en cada una de las traducciones a los dibujantes de láminas en las mismas, y así creo sería digno homenaje a cada uno de sus países, y aun a ellos mismos, el hecho de que en cada traducción figurasen los autores de las láminas con sus mejores creaciones ilustrando las mismas.

Las láminas de la edición inglesa podría hallarse, pues, representada con dibujos de C. A. Leslie, Piaud, Lears, Gilbert, Cruikshank, Lalauze, Crane, Grangwyss, Bachot, Hardy, Derrick, Corbould, Haymain, Brown, Kirk y los dibujos grotescos de Heath Robinson, entre otros.

La edición francesa, por láminas de Coypel, Doré, Johanot, Bonard, Humblot, Tremolieres, Cochin, La Bar, Boucher, Brunet, Lefevre, Lebarbier, Dausaulchoy, Deveria, Vernet, Lamie, Choquet, Dessenne, Westall, Tassaert, Chasselat, Denis, Jautel-Longe, Guérin, Brevière, Grandville, Nanteuil, Demoraine, Telory, Staal, Roux, Bertall, Forest, Worms, Girardet, Fraipont, Geoffroy, Poirson, Guillaume, Pelcocoq, Pille, Moriu, Giffay, Terris, David, Courtin y Charlet.

La alemana, por Fritz Widmann, Hans Pape, Boetius, Contgent, Löffter, Chodowiecki, Schrödter, Simmer, Offterdinger, Franz, Bimmer, Scheurich, Wald, Waenting, Scholz y Ell.

La italiana, por Novelli, Zallone y Galizzi (este último con dibujos cubistas muy ingeniosos).

Holanda, por Seherm, Jurren y Kent. Portugal, por De Macedo y Pastor. Suecia, por Crane. Dinamarca, por Marstrand. Checoslovaquia, por Quid Manes. Rumania, por Brand, etc.

Ahora bien, en estos últimos países, para evitar monotonía en las láminas de sus traducciones, como también en aquellas que aun son inéditas, podrían hacerse uso de láminas de los que pudiéramos llamar verdaderamente «internacionales», como lo son más especialmente que nadie Johanot, Coypel y Doré.

Ciertamente que todo lo hasta aquí expuesto, sin dejar de incluir esta pléyade de nombres, como los citados por otros conceptos en este trabajo, no constituyen la totalidad de asuntos a tratar, ni nombres a consignar, en esto que pudiéramos llamar Ensayo de una «Edición Integra del Don Quijote Políglota y Enciclopédica», pero sí tal vez podría servir de base para que de otros estudios verdaderamente profundos hechos por doctos cervantistas, pudiese nacer algún día un verdadero hecho, de lo que hoy no alcanza tan siquiera ni a la modesta aspiración de proyecto de un ensayo.

ASPECTO ECONÓMICO

No son, repito, los inconvenientes primordiales para que esta edición fuese un hecho, la parte documental. España cuenta sobradamente para asombrar al mundo y honrar a Cervantes, con hombres capaces para ello, y así sabrá demostrarlo rotundamente algún día. El principal inconveniente radica en la parte económica, que acostumbra en

estos casos, a ser siempre la más difícil; no obstante, tampoco ello puede anular para siempre este pequeño ensayo. Ciertamente que esta obra, por su mucha extensión, sería de un precio de coste inverosímil, pero hay muchos factores que la protegen. Una obra monumental no nace nunca de un momento, sino poniendo piedra sobre piedra, como aquí volumen por volumen, dejando un margen de tiempo para que sea siempre el mismo capital el que circule. Además, el hecho de ser en tantos idiomas, hace que cada uno de sus correspondientes países, se interese por el suyo correspondiente, y en lo referente a España, siempre supo honrar a los que con su trabajo supieron honrarla a sí misma; Entre tanto, esperamos y recordemos aquella célebre frase que es quien puede acaso disculparnos: «El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes».

JUAN SEDÓ PERIS-MENCHETA

Barcelona, 18 mayo 1931.

Desde mi ermita de la montaña americana

Como defienden los niños chilenos el castellano.

Una lección que recoger y un ejemplo que imitar.

HOY que la nueva estructuración política de España la quiere convertir en algo así como los Estados Unidos de la República Española, con cierto detrimento para el único idioma nacional español oficial, el castellano, el nexo más grande y único positivo, que une a España todavía espiritualmente con su vasto imperio racial de América, Filipinas, el Norte de África, Marruecos y los Sefarditas españoles emigrados a los Balcanes, conviene que España conozca y reflexione sobre la lección que le dan los países americanos hermanos de raza, respecto a la defensa, conservación y pureza del castellano, idioma que les legó España.

Si fuerte y reflexivo es el empeño y tenacidad, ejemplarísima, con que Filipinas y Puerto Rico defienden la conservación y propagación del castellano contra las imposiciones del idioma inglés

que usa el actual dominador, y aun a trueque de los idiomas aborígenes, como el Tagalo y Visayo, por aquello de que el castellano, aparte de sus inmensos valores idiomáticos intrínsecos, agrega los extrínsecos de ser para ellos el idioma que, además de unirlos a la civilización y cultura universal, es la carta de naturaleza que los hace hermanos de raza con España y las 20 naciones hispanoamericanas, y los pone en comunicación espiritual con los millones de hombres que hoy aprenden el castellano en Japón, Norteamérica, Inglaterra, Alemania, Francia y otros países, por la necesidad que tienen de ponerse en contacto con las 20 naciones, en el mañana poderosas, de Hispanoamérica, árbitras del porvenir del mundo, y por el orgullo de sentirse hermanos por el idioma, que es el oficialmente hablado por mayor número de naciones soberanas.

Más elocuentísima y decididora es la lección que dan a los hispano-parlantes o castellano-lingüistas, los escolares chilenos de algunas ciudades de esa República Austral de América, al ofrecerse espontáneamente a constituirse en policías de la conservación y pureza y divulgación del castellano en Chile, haciendo cumplir las disposiciones de sus Ayuntamientos o Municipalidades, como aquí se les llama, sobre la corrección en la forma de escribir en público el castellano.

Los decretos municipales de referencia rezan así:

1.º Los alumnos de Escuelas y Liceos (segunda enseñanza), podrán denunciar a la Municipalidad todo aviso, letrero o rótulo que contenga faltas de ortografía.

2.º Las denuncias las harán los alumnos, por mediación de los Directores de los establecimientos de enseñanza a que perenezcan.

3.º Establécese una multa de dos a diez pesos chilenos para los que incurran en esas faltas de ortografía. Estas multas de Policía local que

aplicarán estos Juzgados, se prorratarán entre la Escuela a que pertenezca el alumno denunciante y la Municipalidad, y solamente serán penadas las faltas ortográficas contrarias a la ortografía de la Academia Española de la Lengua, actualmente única adoptada oficialmente por el Gobierno de Chile.

En artículos sucesivos seguiremos en estas columnas dando a conocer disposiciones semejantes por los demás países hispanoamericanos, adoptadas para la conservación del castellano y su divulgación, dejando los comentarios que este lección y ejemplo dan a España, cuna del castellano, a la discreción y juicio sereno e imparcial de los españoles de la Península, muchos de los que en América es donde aprenden el castellano, si quieren vivir en América, anacronismo vergonzoso que dice muy duramente y ejemplariza muy elocuentemente.

JAVIER FERNANDEZ PESQUERO

República de Chile, mayo de 1931.

ANTIGUA LIBRERIA DE CERVANTES

de RAMON MALLAFRÉ

COMPRA Y VENTA
DE TODA CLASE DE
LIBROS ANTIGUOS
Y MODERNOS

LIBROS DE TEXTO

CALLE TALLERS, N.º 82
(junto a la Plaza de la Universidad)

BARCELONA

OBRAS DE LITERATURA,
ARTE, CIENCIAS,
DERECHO, MEDICINA,
MUSICA, REVISTAS,
GRABADOS, ETC.

LIBRERIA DUBA

LIBROS DE TEXTO

Compra y venta
de toda clase
de libros nacionales y
extranjeros

Aribau, 17 - Tel. 31.659
BARCELONA

Extenso surtido
en Literatura,
Arte, Medicina,
Derecho,
Música, etc.

La edición del «Quijote» impresa en Londres en 1738

Criterio seguido por la Academia Española en sus ediciones

CUARENTA y una ediciones del *Don Quijote* se habían impreso desde que salió a la luz la príncipe en 1605 hasta 1738, y todas ellas, salvo las de Valencia, Bruselas y Milán, están reñidas con el arte tipográfico y del buen gusto. Desde que aquel año dejó de ser el *Quijote* una impresión de surtido para convertirse en continuo progreso de las artes gráficas. A un inglés, llamado barón de Carteret, uno de los políticos más distinguidos que tuvo Inglaterra en la mitad del siglo XVIII, se debe tan maravilloso milagro, haciendo publicar a sus expensas en Londres en 1738, una bella y suntuosa edición del *Quijote* que dedicó a la condesa de Montijo, cuyo marido había sido embajador en la corte de Inglaterra. El benemérito cervantista Lord John Carteret, puede decirse, que trazó el camino de imprimir la mejor novela de la literatura castellana con las ricas galas que requiere su inimitable hermosa prosa, y a él se debe también la publicación de la primera biografía de Cervantes, la cual pidió expreso que la escribiese para poner al frente de tan espléndida edición, a don Gregorio Mayans y Siscar, uno de los más ilustres literatos y doctos cervantistas de su época, la que dedicó al mismo barón de Carteret.

Va adornada esta bella edición, con el retrato de Cervantes dibujado por G. Kent y 68 láminas de gran tamaño trazadas por J. Vanderbank, grabadas con primor y delicadeza por Van der Gucht, Bern, Baron, Geo. Vertue y Claude du Bosch, cuyos valiosos elementos se ven realzados por su magnífico papel y riqueza tipográfica. Lástima que los esfuerzos y desvelos realizados por Lord Carteret en embellecer esta impresión, fuesen malogrados por Pedro Pineda, corrector de la misma, el cual merece se le dé el título de primer profanador del inmortal texto cervantino, ya que fueron tantas y tantas las enmiendas y alteraciones que hizo en el mismo, sin contar las que tomó de las ediciones de Bruselas, impresas en 1607 y 1662, que pocas son las cláusulas y pasajes de la maravillosa y sin par novela que no sufrieran variantes, empezando éstas en la portada, que, como la de la edición belga de 1662, reza: *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*. También como en aquella, se dividió la obra en ocho libros, terminando el primero en el capítulo VIII, el segundo en el XIV, el tercero en el XXVII, y el cuarto en el último de la primera

parte. El libro quinto termina en el capítulo XVII de la *Segunda Parte*, el sexto en el XXXII, el séptimo en el LII y el octavo termina la obra. Claro está que tan arbitraria división dió lugar a variar el fin del capítulo VIII y principio del IX en esta forma: «Le halló del modo que se contará en el *segundo libro*», en vez de decir: «Le halló del modo que se contará en la *segunda parte*», y «Dexamos en el *primer libro* desta Historia», que es como leen las primitivas ediciones.

Tanto estas variantes, como las que aparecen al final de los capítulos XIV y XXVII de la primera parte, se estamparon ya en la mencionada edición de Bruselas de 1662. En cambio fueron tantas y tantas las que introdujo en el venerado texto cervantino Pedro Pineda, que pasan de 2.200. Puede decirse sin pecar de exagerados, que este corrector, en vez de purgar el texto de los errores y faltas de imprenta que se estamparon en las ediciones de Juan de la Cuesta, lo que hizo fué profanarlo descaradamente y sin respeto alguno al autor.

Si esta espléndida edición no tuviera la *Vida de Cervantes*, escrita por don Gregorio Mayans y Siscar, y las *Advertencias* de don Juan Oldfield sobre las estampas, tenemos la seguridad que, a pesar del retrato de Cervantes, las 68 láminas que la adornan, y el arte tipográfico con que está impresa, no sería tan estimada como es por algunos que se llaman cervantistas.

Pero todo el lujo y esplendor que campea en esta edición queda oscurecido por la que publicó a su costa la Academia Española en 1780. Ignoramos si la mentada impresión londinense fué el acicate que motivó al primer centro literario de España a levantar el mejor monumento de arte tipográfico que hasta entonces se había erigido al maravilloso *Don Quijote*. Mas fuese el motivo que se deja apuntado u otro, es lo cierto que su primera edición, tanto por su magnífico papel, como por sus bellas láminas y hermosos tipos con que está estampada, es muy superior a la impresa en Londres en 1738.

Para tan espléndida edición se propuso la Academia seguir el mutilado texto de la príncipe, por lo que toca a la primera parte, pero padeció el feliz error, si es que a los errores pueden darse el nombre de felices, de confundirla con la segunda de Juan de la Cuesta que estampó el hurto y ha-

llazgo del jumento omitido en la príncipe. Para la segunda parte tomó por modelo el texto de la imprenta en 1615, aceptando varias de las enmiendas introducidas en la edición de Valencia de 1616 y en la de Londres de 1738, pero añadiendo otras propias la Academia, la cual tuvo mucho cuidado de corregir algunos yerros de imprenta y faltas de puntuación de los textos que siguió, consiguiendo con tales enmiendas que sea el de su edición, el más correcto y depurado de cuantos se publicaron en los siglos XVII y XVIII, pero no tan expurgado como debiera y era de esperar del primer Cuerpo literario de España.

Con muy buen acuerdo empezó la Academia Española por donde debía de empezar, esto es, adoptando el título de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, que fué el verdadero que escribió Cervantes, y no el de *Vida y Hechos del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha* que se puso en la edición impresa en Bruselas en 1662, título que se estampó en todas (excepto la de la Imprenta Real) las que se publicaron hasta 1777-78, última que salió a luz de las prensas de don Manuel Martín.

Otra de las innovaciones introducidas, fué dividir toda la obra en dos partes en vez de cuatro que contiene la primera. «Esta división, dice la Academia, parece que desagradó después a su autor, pues no quiso continuarla en el segundo tomo; antes le intituló: *Parte segunda* sin otra revisión que la de capítulos: de donde puede muy bien inferirse que su intención después de haber publicado el tomo primero, fué dividir toda su obra en solas dos partes con sus capítulos correspondientes. Por esto, y por evitar la disonancia que causaría, y ver en una misma obra repetirse la parte segunda a continuación de la cuarta, ha parecido conveniente omitir la división en quatro partes de la primera edición, dividiendo toda la obra en dos partes, y cada parte en sus capítulos correspondientes, siguiendo en todo lo demás dicha edición, pues se han conservado en esta hasta los principios de aquella, como son licencias, aprobaciones y dedicatorias.»

«Aunque el principal cuidado de la Academia ha sido dar al Público un texto del Quixote puro y correcto, ha procurado también, que lo material de la impresión y sus adornos se hiciesen con todo el primor y magnificencia posible, y que todo lo necesario para ella se trabajase dentro de España, y por artífices Españoles. El papel se mandó hacer en Cataluña en la fábrica de Josep Llorens. Se hicieron tres fundiciones nuevas de letras destinadas precisamente para esta obra, con

las matrices y punzones trabajados en Madrid por Don Gerónimo Gil para la imprenta de la Biblioteca Real, y franqueadas a la Academia por Don Juan de Santander, del Consejo de S. M. su Bibliotecario Mayor y Académico supernumerario. La impresión se ha hecho en casa de Don Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M. y de la Academia, quien antes de ahora tenía muy acreditada dentro y fuera de España su sobresaliente habilidad en el arte de la imprenta con las buenas ediciones que han salido de su oficina, y particularmente con la excelente y magnífica del Salustio hecha a expensas del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel.»

Don Leopoldo Rius, en su «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra», dice que el número de láminas que adornan esta edición, además de los cuatro frontispicios, es de 29, lo cual hace sospechar que se equivocó, o que el ejemplar que tuvo a la vista estaría incompleto por lo que toca al número de las láminas, puesto que el que hemos cotejado, contiene, además de los cuatro frontispicios, 31 láminas; 15 en la parte primera y 16 en la segunda, de las cuales, 19 fueron dibujadas por Antonio Carnicero, 7 por Joseph del Castillo, 2 por Bernardo Barranco, 1 por Joseph Brunete, 1 por Gerónimo Gil, y otra por Gregorio Ferro, siendo admirablemente grabadas por Francisco Muntaner, J. Joaquín Fabregat, Fernando Selma, Joaquín Ballester, Manuel Salvador Carmona, Pedro Pascual Moles, Juan Barcelón y Gerónimo A. Gil. De los cuatro frontispicios, los que van en los dos tomos primeros, son dibujos de Antonio Carnicero, grabados por Fernando Selma, y los que figuran en los dos últimos, que son los cuatro que componen toda la obra, fueron dibujados por Pedro Arnal y grabados por Juan de la Cruz. Con el fin de acrecentar más el valor artístico de esta edición, se estamparon en ella hermosas viñetas en las cabeceras y remates de capítulos, que fueron dibujadas por Antonio Carnicero, R. Ximeno y Cuesta, siendo grabadas por Juan Minguet, S. Brieva, M. Brandi, J. Palomino y Juan de la Cruz. El Retrato de Cervantes, que sigue después del prólogo de la Academia, es copia del que regaló el Conde del Aguila a dicha corporación; fué dibujado por J. del Castillo y grabado por Manuel Salvador Carmona.

Tal es el hermoso ropaje con que la Academia Española supo vestir a su primera edición del Quixote. Por esto, y por constar en la portada que fué corregida por el más alto tribunal literario de España, tuvo un éxito sorprendente, tanto, que dos años después, en 1782, salió de las prensas del

mismo famoso impresor don Joaquín Ibarra, una segunda edición de la sin par novela, hecho a costa de la citada corporación, la cual dice en su prólogo que va al frente: «El general aplauso, con que fué recibida la edición de *Don Quixote* publicada por la Academia en quatro tomos en cuarto real el año de 1780, hizo pensar desde luego en repetir la impresión, de suerte que el Público pudiese tenerla por un precio moderado, respecto a que el de la primera no pudo ser tan cómodo como la Academia hubiera querido, por el grande costo que tuvo.

Con este fin publica ahora la presente edición en quatro tomos en octavo y de letra menor; pero sin haber omitido nada de lo que se puso en la grande, como es el Juicio crítico o Análisis del *Quixote*, el Plan cronológico de sus viajes, la Vida de Cervantes, y los documentos que la comprueban, escrito todo por el difunto Teniente Coronel Don Vicente de los Rios... La corrección se ha hecho con igual cuidado que en la grande. Para la primera parte se tuvieron presentes la primera edición hecha en Madrid por Juan de la Cuesta el año de 1605, y la segunda hecha también en Madrid y por el mismo impresor el año de 1608.» (No es extraño que la Academia llame a ésta segunda edición puesto que, creyendo que seguía a la primera, siguió a la segunda.) «El texto se arregló a la primera, y se conservaron las variantes de la segunda, aun aquellas que no son substanciales, y que sólo varían en la pronunciación por la mudanza o substracción de alguna letra... La segunda parte de ella no la publicó Cervantes hasta diez años después de la primera. Para su corrección se tuvieron presentes la primera hecha en Madrid por Juan de la Cuesta año de 1615, y la segunda hecha en Valencia por Pedro Patricio Mey año de 1616. El texto se arregló a la de Madrid, y se conservaron las variantes de la de Valencia... La Academia con el deseo de publicar quanto antes esta edición y poderla dar con la mayor comodidad posible, había pensando hacerla sin láminas. Pero reflexionando después, que acaso no parecía bien al Público, acostumbrado ya a ver siempre la Historia de D. Quixote con láminas, resolvió ponérselas, y que fuesen bien trabajadas, a cuyo fin se valió para los dibujos de Don Isidro y Don Antonio Carnicero, Profesores que tienen bien acreditada su habilidad, y para el grabado, de los más diestros grabadores, cuyos nombres se ven en las mismas estampas... Para los asuntos de éstas... pareció conveniente no repetir las que se pusieron en la edición grande, y así se han variado en esta casi todas a excepción

de una u otra, creyendo que esta variedad no será desagradable al Público.»

El gran éxito que tuvo esta edición, dió motivo a la Academia Española para publicar en 1787, otra en seis tomos en octavo pequeño. Así lo corroboran las siguientes palabras de su prólogo: «Quan bien recibido haya sido del público este pensamiento, lo acredita el pronto despacho que ha tenido aquella edición (la de 1782), poniendo a la Academia en la precisión de publicar otra tercera en todo conforme a la segunda, sin más diferencia, que haberse distribuido en seis tomos para mayor comodidad de los lectores.»

Efectivamente, salvo la distribución de tomos, puede decirse, sin rebozo alguno, que esta tercera impresión es enteramente igual a la de 1782; las láminas son las mismas, pero más borrosas a causa de ser los clichés algo gastados.

Se ve, pues, por estas tres ediciones, que la Academia Española en el último cuarto del siglo XVIII, era partidaria de seguir el texto de la príncipe; pero como de sabios es mudar consejo, en 1819, cambia de parecer y sigue en la publicada en este año al de la impresa por Juan de la Cuesta en 1608. ¿A qué se debe este cambio de criterio de la que *Limpia, fija y da esplendor*, preguntarán los lectores? La respuesta está en la mano. diría Sancho y repetimos nosotros, porque la Academia, dando crédito al infundio lanzado por Pellicer de que Cervantes corrigió la mencionada edición, sin tomarse el trabajo de averiguar si era verdad tanta belleza, tomó su texto por modelo de la referida edición de 1819, dando con ello lugar a no pocas confusiones, no sólo a los lectores en general, sino hasta a los mismos académicos actuales, pues tenemos la seguridad que al presente ignoran cuál de los dos textos por la Academia corregidos, es el más puro y correcto y se acerca más al que escribió Cervantes.

Ya se ha dicho que tan docta corporación, creyó a pie juntillas el sueño de Pellicer. Así lo declara ella misma en su prólogo, diciendo: «Esta nueva edición no es una mera repetición de las anteriores. Difiere de ellas en el plan que se ha seguido para la corrección del texto, en las notas con que se le ha ilustrado, y en la vida de su célebre autor, que ahora se publica.»

«Sabida cosa es que Cervantes, después de haberse dado a luz la primera parte del *Quijote* en Madrid el año de 1605, mientras se hallaba establecido en Valladolid, volvió a imprimirla en el de 1608, corrigiendo algunos pasajes. Esta es la edición que la Academia ha elegido para texto de la actual, considerándola como la postrera volun-

tad de su autor, y como acreedora a obtener la preferencia sobre la primera, que ni se hizo a su vista, ni recibió su última mano...

«De la novedad en la elección de original para la primera parte ha resultado necesariamente la de las variantes que la acompañan. En las ediciones precedentes la Academia, deseosa de que no careciesen de las enmiendas hechas por Cervantes, expresó por separado las lecciones en que la impresión de 1608 se diferenciaba de la primitiva de 1605: convertidas ahora estas variantes en texto se expresan por separado las diferencias de las dos ediciones del año de 1605.»

A nuestro ver, mal se compaginan estas palabras de la Academia con sus hechos, porque si Cervantes corrigió la edición de 1608, lo más lógico y natural era seguir su texto al pie de la letra y sólo corregir las evidentes erratas de imprenta, y no meterse en honduras de nuevas y caprichosas correcciones, tomadas unas de las ediciones de Lisboa, Valencia, Bruselas (1607-11662), Londres (1738), de la misma edición académica de 1780 y de algunas más, ni hacer otras nuevas, como por ejemplo la de *raras* en vez de *rateras* del capítulo XVI, ni convertir en el XLI en *pobre barbero* al *sobrebarbero* dueño de la bacía que para don Quijote era el yelmo de Mambrino, y otras tantas que, por intempestivas omitimos. Si la Academia estaba segura de que Cervantes había corregido la mentada edición de 1608, ¿por qué introdujo tantas variantes en su texto, y por qué omitió el siguiente pasaje que se lee en el capítulo L: «Solo me guio por muchos y diversos ejemplos que podría traer a este propósito de caballeros de mi profesión, que correspondiendo a los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recibido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades, y insulas: y cual hubo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero para qué gasto tiempo en esto ofreciéndome un tan insignificante ejemplo el grande y nunca alabado Amadís de

Gaula, que hizo a su escudero conde de la Insula Firme?»

Y añade la Academia en el mismo prólogo: «En cuanto a la segunda parte del Quijote no cabe duda ni elección en la del original que debe seguirse. Una sola vez se publicó en vida de su autor, que fué en el año de 1615, pocos meses antes de su muerte; y ésta por consiguiente es la única edición que puede mirarse como reconocida y autorizada por Cervantes.»

Así fué realmente, por cuyo motivo la Academia debía de tener más respeto con el texto y no adularle como hizo caprichosamente con frecuencia. No es materia para un artículo señalar una por una todas las veces que en esta edición se ve alterado con añadiduras y cambios de palabras; y aun lo que es más de deplorar, con supresiones tan notables como aquella del capítulo XXXVI, en la que, por seguir a la edición de Valencia de 1616, se omitieron las siguientes palabras que dice la duquesa al redomado escudero: «Y advierta Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito, ni valen nada.» ¿Qué razones tuvo la Academia para suprimir este pasaje que escribió Cervantes, ni de variar en el capítulo LIII las estaciones del año en esta forma: «A la primavera sigue el verano, al verano el estio, al estio el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera», en lugar de haber estampado: «La primavera sigue al verano, el verano al estio, el estio al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera», que es como se lee en la edición de 1615, a la cual dice que sigue?

Se pasan por alto correcciones tan importantes como aquella que tomó del capítulo LX de la edición de Londres de 1738, donde dice: «Al amanecer alzaron los ojos» en vez de leer, como en la príncipe: «Al parecer alzaron los ojos», pues basta lo que se ha expuesto, para demostrar como opinaba la Academia en 1780, respecto a las correcciones del Quijote, y como en 1819.

JUAN SUNE BENAGES

Compra-venda de llibres antics i moderns

LLIBRERIA BALAGUÉ

Palla, 13 i 15

BARCELONA

El Quijote ante la crítica

Explicación necesaria

EN un trabajo publicado en el número primero de CRÓNICA CERVANTINA expusimos nuestra opinión acerca de varios puntos de interpretación del «Quijote»; dejamos allí correr la pluma libremente, sin prejuicios, según las impresiones recibidas del libro admirable, y no nos detuvimos a averiguar si estábamos de acuerdo con esoteristas o quijotistas, con cervantistas o impresionistas, con toda la gama de intérpretes que, a no ser por la propia virtud de la obra de Cervantes, habría terminado por desacreditarla. Hoy queremos volver sobre tema tan interesante con acopio de opiniones de críticos eminentes, unánimes todos en apreciar, como Holland, que el «Quijote» es la primera novela del mundo, pero no coincidiendo en ningún otro aspecto. ¿Cuándo lograremos ponernos de acuerdo? Algo se busca en esta obra, que nadie acierta a definir, algo imposible, porque nada se encontrará que no esté escrito. No aspiramos a deducir una consecuencia más, al modo de los esoteristas; pero suponemos que no faltarán comentadores que nos digan que con este espíritu no se puede hablar de la novela cervantina. Mas los frutos de la verdad no pueden ser más que verdades; y ora se escondan, ora se disfracen, su misma virtud los hace visibles: las páginas del «Quijote» son todo luz y brillan por sí solas, y ellas van a iluminar nuestro trabajo.

Creemos que los que estudian la obra en su aspecto literario, ensalzando sus bellezas, glosando pasajes o aclarando algún punto oscuro de su texto, son merecedores de todo elogio y deben quedar al margen de toda discusión; y eso porque son ellos precisamente los que, desligados de todo apasionamiento, saben prescindir de sus ideas particulares para dedicarse a hacer obra de cultura. Vicente de los Ríos, Clemencín, Pellicer, Hartzenbusch, Cortejón, Suñé Benages, entre otros ilustres cervantistas, ocupan el lugar preeminente en esta labor.

La crítica de todos los tiempos

Dejemos ahora la palabra a los grandes críticos:

Vicente de los Ríos: «Es una imitación de la *Iliada*».

Irving: «El «Quijote» es comparable a la Biblia en lo profano».

El célebre poeta inglés Guillermo Wordsworth

escribía, refiriéndose a don Quijote: «La razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura».

Puigblanch: «El Quijote es una diatriba contra el Santo Oficio».

Bastús: «Es un estudio histórico de la Edad Media».

Viardot: «Es la lucha entre lo real y lo ideal».

Biedermann: «Está exento de la jurisdicción de la crítica».

Ampère: «Es la caricatura más grande que ha producido el ingenio humano».

Bartolomé Gallardo: «El Quijote, lejos de ser un libro de entretenimiento, lo es de profunda filosofía».

Veamos cómo se ha opinado desde la segunda mitad del pasado siglo:

Don Francisco Giner: «Hoy no hay ya persona medianamente dotada de educación artística que conceptúe al Quijote como una mera parodia del género caballeresco. Aparte de otras pruebas, la popularidad y el sentido actual que conserva para nosotros la inmortal creación de Cervantes, cuando los Oliveros y Amadises no tienen ya razón de ser, son claro testimonio de que en la historia del ingenioso manchego *hay algo más que eso*».

Para don Nicolás Díaz de Benjumea existe una relación entre Cervantes y don Quijote, parangonando las andanzas del caballero con las desventuras de su creador, y también un «sentido interior que sólo se alcanza dejando la letra y dirigiéndose rectamente al espíritu». El Quijote, para este crítico, es una doctrina moral esotérica y una representación de la vida de Cervantes.

Don Francisco María Tubino, en contestación al señor Benjumea, dice en síntesis: «La novela de Cervantes no es directamente sino una crítica literaria, *por más que*, en forma mediata, contenga otros sentidos diversos, germinación espontánea del genio de su autor».

Pardo de Figueroa: «El Quijote es un libro tan grande, que cada uno puede encontrar en él lo que quiera».

Hombres de ciencia como Hernández Morejón y Pi y Molist han estudiado a fondo la locura de don Quijote, sacando consecuencias frenopáticas; y sería cosa de creerles si otros críticos no vinieran a decirnos que el caballero manchego estaba más cuerdo que muchos de los comentadores.

Fitzmaurice opina que en el Quijote existe una «filosofía barata».

Rodríguez Marín no ve ninguna filosofía en el Quijote.

Unamuno: «Tienen las aventuras todas de nuestro hidalgo su flor en el tiempo y en la tierra, pero sus raíces en la eternidad».

Menéndez y Pelayo: «El héroe, que en los primeros momentos es un monomaniaco, va desplegando poco a poco su riquísimo contenido moral: la sabiduría fluye en sus palabras de oro.» «Cervantes no compuso el Quijote por el procedimiento frío de la alegoría, sino que llegó al símbolo sin buscarle».

Don Julio Cejador: «Tenía don Quijote verdadera pasión por llevar el bien a todas partes.»

Eugenio Guzmán: «El Quijote se había desbordado del cauce primero, y era ya tan grande que había hecho olvidar a su autor la primitiva concepción».

No sigamos: con lo transcrito sobra para darnos cuenta de la diversidad de pareceres y para apreciar cuánto agravio se ha hecho a Cervantes y a su obra; porque ¿quién será capaz de sostener seriamente, a no ser un excéntrico ganoso de originalidad, que en el Quijote pueden contenerse todos los conocimientos humanos? Seguramente, después de lo expuesto, nadie sabrá discernir los fundamentos esenciales del Quijote; cosa fácil, sin embargo, si se analizan y seleccionan esas opiniones, admitiendo lo racional y rechazando lo absurdo.

Los libros de caballerías

Despertó el hidalgo manchego Alonso Quijano, a quien no podría quitársele ya el título de caballero, y dijo: «Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma.» ¿No hemos de creer que esta confesión sea sincera, estando hecha en momentos en que jamás se miente? Nosotros vemos aquí el verdadero pensamiento de Cervantes respecto a la concepción de su obra, y una gran moraleja que, como final, quiso ponerle: la afirmación de que la cordura debe prevalecer sobre todas las cosas.

Según esto, Cervantes no quiso decir más de lo que dijo: se burló de la literatura caballeresca, de los caballeros y de la Caballería tal como entonces se entendían; pero ¿quién ha dicho que, por este hecho, pretendió matar el ideal de la Caballería? Afirmamos, por el contrario, sin contradecirnos, que creó la verdadera Caballería y que no ha habido ningún caballero como don Quijote, cuyo único ideal, como dijo Tourgueneff, es hacer que triunfe la justicia y la verdad luchando contra los enemigos de la Humanidad. ¿Qué otro ideal más noble se puede pedir a un caballero? Podemos, pues, desechar todas las suposiciones que se opongan a esta idea, base de la historia del ingenioso hidalgo, que no olvidó en el desarrollo de la misma, a pesar de que «se había desbordado de su cauce primero» invadiéndolo todo con el raudal inagotable de su genio.

Los demás valores del Quijote

Hemos dicho que nada se encontrará que no esté escrito por aquello de que Cervantes «llegó al símbolo sin buscarle», y repetimos que los que no saben profundizar en la lectura del Quijote no deben tomar esa afirmación al pie de la letra, porque para comprenderlo «hay que dirigirse directamente al espíritu»: Don Quijote no es un loco más que cuando piensa en el ideal que persigue, por el que daría la vida. Don Quijote es el símbolo del desinterés, de la abnegación, del sacrificio. Don Quijote y Sancho, inseparables, son la efigie de la Humanidad. ¿Romanticismo? tal vez; pero no deshagamos el encanto de la leyenda. Todo está escrito conociendo la psicología de los hombres, con sublime poesía y con un alto sentido filosófico, llano y sencillo a la vez.

Queda demostrada la finalidad del Quijote, y no admitimos en la misma ningún símbolo particular, porque el pensamiento de Cervantes está expuesto sin segundas intenciones, y mucho menos podemos admitir un sentido oculto; todo lo más una consecuencia moral en cada caso. La lucha entre lo ideal y lo real se señala indecisa...

Ante la mole informe de papel acumulada por los siglos, en buena parte en agravio del autor y de la obra, hemos querido pedir un poco de cordura. ¿Cuándo despertaremos de tan enojosa pesadilla?

ANTONIO MALDONADO RUIZ



Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN
GRANS I PETITES
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL
COMPTAT EL PREU
MÀXIM

}

Rambla Santa Mònica, 14
Telèfon 23.862 - BARCELONA

L'ARXIU LLIBRERIA de
Joan B. Batlle
COMPRÀ I VENDA Via Diagonal, 442
DE LLIBRES VELS BARCELONA

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA de ediciones del QUIJOTE

impresas desde 1605 hasta 1917,
recopiladas y descritas por
IUAN SUÑÉ BENAGES y
IUAN SUÑÉ FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo
y Mori en sus *Últimos Estudios Cer-
vanticos*, «la más completa y exacta
de las publicadas, y libro indispen-
sable de todo cervantista».

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI 485
páginas, ilustrado con profusión de facsimi-
les de portadas de ediciones del QUIJOTE.

15 pesetas

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

ENCICLOPEDIA GRÁFICA

Se publica en fascículos
bimensuales, profusa y
prodigiosamente ilustra-
dos. Materias completas.

Acaban de aparecer:
Valencia, Suecia, Buenos Aires

En breve:

**Burgos, La Mancha, El Quijote,
La Alhambra, La Moneda etc.**

Fascículo suelto, 1,50

Suscripción a 12 núms., ptas. 18

Editorial Cervantes
Avenida Alfonso XIII, 382 - BARCELONA

Librería Lux Librería Central
Compra-Venta Compra-Venta
Aribau, 26 - Teléf. 72621 Muntaner, 42 - Tel. 32617
BARCELONA

PASAMOS A DOMICILIO DENTRO Y FUERA DE LA CIUDAD

Fraseología de Cervantes

Colección de frases, proverbios,
aforismos, adagios, expresiones
y modos adverbiales que se
leen en las obras cervantinas,
recopiladas y ordenadas por
JUAN SUÑÉ BENAGES
continuador de la edición crítica del
Quijote de D. Clemente Cortejón,
y premiado por la Real Academia
de Buenas Letras de Barcelona.

EDITORIAL LUX
Muntaner, 42 - BARCELONA

JOSÉ PORTÉ

LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS.
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS,
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS.
AUTÓGRAFOS • GRABADOS.
CERVANTINA



*Gran surtido de obras de estudio:
Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Medicina, Religión, etc.*

INFORMACIONES BIBLIOGRAFICAS GRATUITAS

Se solicita de los señores Bibliotecarios y Bibliófilos,
listas de obras que precisen y especialidades que cultiven.

SE ENVIAN GRATIS CATALOGOS DE OBRAS EN VENTA

Se envía gratis, a quien lo solicite, el boletín periódico COMPRA, especial-
mente creado para la busca de obras raras o agotadas, en el cual vienen descri-
tos centenares de artículos que compramos y pagamos a muy buenos precios.

**Se compran al máximo precio
Bibliotecas y lotes de libros**



EL INGENIOSO
HIDALGO
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA.

*Compuesto por Miguel de Cernantes
Saavedra .*

All' Ill.^{mo} Señor el Sig. Conde
VITALIANO
VIZCONDE.



EN MILAN Por el Heredero de Pedromartir Locatini
y Juan Bautista Bidello. Año 1610.
Con licencia de Superiores, y Privilegio.

Facsimile de la portada de la edición en Milán en 1610



El nombre es una garantía de superioridad. La primera máquina de escribir en el mundo fué una Remington. Hoy la Remington es la máquina que más aceptación tiene en el mundo entero. Una resistencia insuperable, escritura bonita, extraordinaria velocidad y el "toque natural" son algunas de las cualidades que le han ganado a la Remington la supremacía universal.

Remington, S. A.

Ronda San Pedro, 8 - Barcelona - Teléfono 16.570



La casa Remington, S. A.

*no ha cambiado de domicilio, pues continúa la exposición
y venta de sus famosas máquinas de escribir en la
Ronda de San Pedro, 8 - Teléfono 16.570*

BARCELONA